



Amelia Mitter Burke rescata libros dañados por una inundación en una librería en Middleton (Massachusetts)

© MICHAEL Dwyer/AP



#### OBRAS ESENCIALES

Michel Foucault, 1.104 páginas. Editorial Paidós Ibérica.



#### LA LIBRERÍA ENCANTADA

Christopher Morley, 320 páginas. Editorial Península.



#### VIDAS CONJETURALES

Fleur Jaeggy, 80 páginas. Editorial Alpha Decay.



#### BAILE DE MÁSCARAS

José Manuel Díez, 80 páginas. Hiperión.

ellos y sus seguidores, a los que el tolerante Mifflin mofeja sin embargo como suicidas intelectuales, si bien otros libreros miembros del 'Club de la marquesa' de la novela los defienden. Por el contrario, sostiene que «la oferta crea la demanda» y dignifica la noble, sagrada profesión de librero, en vías de extinción actualmente, no como negociante o mercader sino como guía para el cliente y catador primero de aquello que merece la pena frente a la profesión impresa de lo deseable. Un profeta, vaya, de la confusión e ignorancia en la que hemos caído.

He leído esta narración con el mismo placer que la anterior, aunque tal vez tenga algo menos de gracia, que suple con misterio y suspense, así que lo que dije entonces vale en gran medida para este nuevo alegato a favor de la lectura. Morley es un maestro en la composición de las tramas desde la excentricidad; su chispa imaginativa, su filosofía de la cordura, su esmero e ingenio en el trazado de los personajes - aquí una celestial criatura y su inquieto precentiente merido a detective-, su instinto narrativo, su aparente levedad en el fondo grave, esa pizca de humor británico, no exento del sentido común que se aplica a sí mismo como escritor, son típicos. Y qué decir de la nómada de los salvados en su denso escrutinio particular para su librería de viejo o para su uso personal: Butler, Chesterton, Burton, Dickens, Shaw, Hardy, Twain, Emerson, Bierce, Thoreau, Herbert, Whitman..., del inmejorable elenco que hace destilar por sus páginas.

Ni que decir tiene, pues, que cabe prolongar también, además de la vida de los libros, la de los autores que los

concibieron, incluso recreando su peripécia biográfica, acercándose a ella, reinventándosela, resucitándolos casi, con aliento lírico, como hace Fleur Jaeggy en 'Vidas conjecturales', traducida por la escritora catalana Mª Ángeles Cabré para Alpha Decay, dentro de su colección Alpha Mini, pequeños grandes libros. La exquisita narradora suiza, mujer de Roberto Calasso y amiga de Ingeborg Bachmann, retrata tres literatos raros y excepcionales, muy heterogéneos: Marcel Schwob, John Keats y Thomas de Quincey.

Del primero, traza una biografía exprés, resaltando aspectos curiosos o extraordinarios de su andadura por el mundo, porque fue inteligente en demasía, precoz en todo, lector inveterado y en consecuencia viajero sin salir de su cuarto, morfínomano de imaginación desbocada con la que huyó hasta los mares austriacos del maestro Stevenson. Del talentoso hoarfano Keats, otro lector empedernido, subraya su natural combativo y su fusión con el espíritu melancólico y exacerbado de su tiempo, nos presenta a las mujeres de las que se prendió y a sus hemorragias galopantes, que acabaron con aquel cuyo nombre fue escrito en el agua. También tutto entra en escena Thomas de Quincey, y ya visionario, amante del invierno, los lagos de Coleridge y Wordsworth, el vagabundeo, la enajenación, la levedad. Y, por último, hasta su extenuación, un oscuro frenesí de humor, del lúdano.

Así que, naturalmente, la vida de la fama de la que hablaba Jorge Manrique no afecta sólo a los buenos libros, sino a quienes los escribieron. Alguno de los grandes autores de la poesía universal, y de otros géneros, cobran de nue-

vo vida a través de los versos de José Manuel Díez en 'Baile de máscaras' (Hiperión). Nos encontramos ante un poeta cuestionado, no en vano ha obtenido el premio insignia de la editorial en el límite de edad, con una cultura muy bien administrada, que va a lo profundo de la condición humana, sin alardes efectistas o erudiciones a la violeta. Es un libro compuesto de poemas narrativos que recrean escenas literarias, dramáticas, pictóricas, musicales, históricas, béticas o librescas, en el amplio sentido de la palabra, ordenadas de forma cronológica, desde 1257, en el momento en el que, según reza el título, 'El poeta Muslab Saadi intercambió opiniones sobre la felicidad con un grupo de mendigos soñados supervivientes de la invasión mongol en Persia', en concreto en el jardín de Bag-e Firuzi, en Shiraz, uno de los más conseguidos del libro, a mi juicio, junto al dedicado a Giacomo Casanova en una Venecia sin nieve, el que recrea un diálogo imposible entre Huéndebro y Neruda o el que conjura, verbo tan del agrado de Borges y muy propio de este poeta extremista, el epitafio que Diego Hurtado de Mendoza pergeñó para su hermano hasta hace dos años, cuando en otro guiso borgiano, en Trinidad y Tobago, Derek Walcott examina y refuta un verso de juventud.

Recordad a Hölderlin: «Pero lo que permanece, eso, lo fundan los poetas». O a Shakespeare, citado precisamente en 'La librería encantada': «Ni el mármol ni el aureo monumento de los príncipes perdurarán como este poderoso verso». Que así sea, porque se barruntan tiempos oscuros para la letra impresa. Que el baile de máscaras y la música continúen.